

magnificencia de los edificios, y el numero de habitantes, y siguieron andando por aquel grande, y ancho camino, que sin separarse de la linea recta, servia de continuacion, sobre las aguas del lago, al de Iztapalapan, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus animos, con la admiracion, el temor de su suerte, viendose solos en medio de un reino estraño. Asi procedieron, por espacio de milla y media, dentro de la ciudad, hasta el palacio que habia sido del rei Ajayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo. Alli los esperaba Moteuczoma, que con este obgeto los habia precedido. Cuando llegó Cortés a la puerta del palacio, lo tomó el rei por la mano, y lo introdujo en una gran sala; hizolo sentar en un reclinatorio semejante a los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de un hermoso tapete de algodón, y cerca de un muro cubierto tambien de una colgadura adornada de oro, y piedras, y despidiendose cortesmente, le dijo: “vos, y vuestros compañeros, estais ahora en vuestra propia casa; comed, y descansad, que yo volveré en breve.”

Retirose el rei a su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artilleria, para amedrentar con su estrepito a los Megicanos. En seguida pasó a examinar todas las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa. Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él comodamente los Españoles, y sus aliados, los cuales, con las mugeres, y servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por do quiera un aseo esquisito; casi todas las piezas tenian camas de esteras de junco y de palma, segun el uso de aquellos paises, con rollos de lo mismo para servir de almohadas, cortinas de algodón, y bancos hechos de una sola pieza. Algunas tenian el piso esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores. Los muros eran gruesos, y tenian torres de distancia en distancia, asi que los Españoles encontraron alli cuanto podian apetecer para su seguridad. El diligente, y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una bateria, enfrente de la puerta del palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo dia por sus enemigos. No tardó en presentarse a Cortés, y a sus capitanes un magnifico banquete, servido por la nobleza, mientras se distribuian al egercito diversos, y copiosos viveres, aunque de inferior calidad. Este dia, tan memorable para Españoles, y Megicanos, fue el 8 de Noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de aquellos al pais de Anahuac.

LIBRO NONO.

Conferencias de Moteuczoma con Cortés. Prision de Moteuczoma, del rei de Acolhuacan, y de otros señores. Suplicio atroz de Quauhpopoca. Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernán Cortés, y derrota de Panfilo de Narvaez. Muerte de muchos nobles, y sublevacion del pueblo de Megico contra los Españoles. Muerte del rei Moteuczoma. Combates, peligros, y derrota de los Españoles. Batalla de Otompan, y retirada de los Españoles a Tlascalá. Eleccion del rei Cuiclahuatzin. Vitoria de los Españoles en Tepeyacac, en Jalatzinco, en Tecamachalco, y en Quauhquecholan. Estragos hechos por las viruelas. Muerte del rei Cuiclahuatzin, y de los principes Magizcatzin, y Cuicuitzcatzin. Eleccion en Megico del rei Quauhquemotzin.

Primera conferencia y nuevos regalos de Moteuczoma.

DESPUES de haber comido los Españoles, y dispuesto cuanto convenia a su seguridad, volvió a visitarlos el rei, con gran acompañamiento de nobleza. Cortés salio a recibirlo con sus capitanes, y los dos juntos entraron en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general Español. El rei le presentó muchas alajas curiosas de oro, plata, y plumas, y mas de cinco mil vestidos finisimos de algodón. Habiendo Moteuczoma tomado asiento, hizo sentar a Cortés, y todos los circunstantes permanecieron en pie. Cortés le manifestó su gratitud con espresiones elocuentes, y queriendo continuar su discurso, lo interrumpio Moteuczoma con estas palabras.

“Valiente general, y vosotros sus compañeros, todos mis cortesanos, y domesticos son testigos de la satisfaccion que me ha causado vuestra feliz llegada a esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido unicamente para condescender con mis subditos. Vuestra fama ha engrandecido los obgetos, y turbado los animos. Decian que erais dioses inmortales, que veniais montados sobre fieras de portentosa grandeza, y ferocidad, y que lanzabais rayos, con los cuales haciais estremecer la tierra. Otros creian que erais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado a dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de vosotros comia

tanto como diez de mis subditos. Pero todos estos errores se han disipado con el trato, que ellos mismos han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demas en el color, y en la barba. Hemos visto por nosotros mismos que esas fieras tan famosas no son mas que ciervos mas conculentos que los nuestros, y que vuestros supuestos rayos son unas cervatanas mejor construidas que las comunes, y cuyas bolas se despiden con mas estrepito, y hacen mas daño que las de aquellas. En cuanto a vuestras prendas personales, estamos bien informados por los que os conocen de cerca, que sois humanos, y generosos, que tolerais con paciencia los males, y que no usais de rigor si no con los que exitan vuestro enojo con su enemistad, y que no os servis de las armas, si no para la justa defensa de vuestra persona. No dudo que vosotros igualmente habreis desechado, o desechareis las falsas ideas que de mi os habra dado la adulacion de vuestros vasallos, o la malevolencia de mis enemigos. Os habran dicho que soi uno de los dioses que se adoran en esta tierra, y que tomo cuando quiero la forma de leon, de tigre, o de otro cualquier animal: pero ya veis (y al decir esto se tocó un brazo como para hacer ver que estaba formado a guisa de los otros hombres) que soi de carne y hueso como los demas mortales, aunque mas noble que ellos por mi nacimiento, y mas poderoso por la elevacion de mi dignidad. Los Cempoaleses, que con vuestra proteccion se han sustraído a mi obediencia, aunque no quedará impune su rebelion, os habran hecho creer, que los muros, y los techos de mi palacio son de oro, pero vuestros ojos pueden desmentirlos. Este es uno de mis palacios, y ya veis que los muros son de cal y canto, y los techos de madera. No niego que son grandes mis riquezas, pero las aumenta la exageracion de mis subditos. Algunos se os habran quejado de mi crueldad, y de mi tirania, pero ellos llaman tirania el uso legitimo de mi autoridad, y crueldad la necesaria severidad de la justicia. Depuesto asi por una y otra parte todo concepto desventajoso ocasionado por falsas noticias, acepto la embajada del gran monarca que os envia, aprecio su amistad, y ofresco a su obediencia todo mi reino, pues en vista de las señales que hemos observado en los cielos, y de lo que vemos en vosotros, nos parece llegado el tiempo de que se cumplan los oraculos de nuestros antepasados, en los cuales se anunciaba que debian venir de la parte de Levante ciertos hombres diferentes de nosotros en trages, y costumbres, y que al fin serian señores de estos paises. Nosotros no somos originarios de ellos: hace muchos años que nuestros progenitores vinieron de las



*Motecuzoma II.
ultimo Rey de Mexico antes de la Conquista.*

regiones Septentrionales, y nuestro dominio no ha sido hasta ahora, si no como lugar-tenientes de Quetzalcoatl, nuestro dios, y legitimo señor."

Cortés respondió dándole gracias por los singulares beneficios que de su mano habia recibido, y por el concepto ventajoso que de los Españoles habia formado. Dijo que era enviado por el mayor monarca de Europa, el cual aunque podia aspirar a algo mas, como decendiente de Quetzalcoatl, se contentaba con establecer una confederacion, y amistad perpetua con Su Magestad, y con sus sucesores; que el fin de su embajada no era quitar a nadie lo que poseia, si no anunciarle la verdadera Religion, y darle algunos consejos importantes para mejorar su gobierno, y hacer felices a sus vasallos: lo que haria en otra ocasion si Su Magestad se dignaba concederselo. Aceptólo el rei, y habiendose informado del grado, y condicion de cada uno de los Españoles, se despidió, y de alli a poco les envió un gran regalo, que consistia en ciertas alajas de oro y tres cargas de preciosos trages de pluma, para cada uno de los capitanes, y dos de trages de algodón para cada soldado. Tan felices principios hubieran podido asegurar a los Españoles la pacifica posesion de aquella vasta monarquia, si se hubiesen dejado conducir mas bien por la prudencia, que por el valor*.

Visita de Cortés al Rei.

Al dia siguiente, queriendo Cortés pagar la visita al rei, le mandó a pedir audiencia, y la obtuvo tan prontamente que los mismos que le llevaban la respuesta, eran los introductores de embajadores que debian conducirle, e instruirlo en el ceremonial de la corte. Vistose Cortés de las mas vistosas galas que tenia, y condujo en su compañía a los capitanes Alvarado, Sandoval, Velasquez de Leon, y Ordaz, y cinco soldados de su egercito. Llegaron al real palacio, por en medio de un gentio innumerable, y al entrar por la primera puerta, los que lo acompañaban se ordenaron en dos filas, pues el entrar de tropel se

* El docto y juicioso P. Acosta hablando de esta primera conferencia de Motecuzoma dice: " Muchos son de opinion que atendido el estado de las cosas en aquel primer dia, hubiera sido facil a los Españoles hacer lo que hubieran querido del rei, y del reino, y comunicarles la lei de J. C. con gran paz, y contento de todos: pero los juicios de Dios son profundos, y muchos eran los pecados de ambas naciones, por lo que no sucedió lo que debia esperarse, aunque al fin cumplió Dios sus designios de hacer misericordia a aquellas gentes, despues de haber juzgado y castigado a los que lo merecian."

creía falta de respeto a la magestad. Despues de haber pasado por tres patios, y por algunas salas a la ultima antecamara, para llegar a la sala de audiencia, fueron cortesmente recibidos por algunos señores, que estaban de guardia, y obligados a descalzarse, y a cubrirse las galas con ropas groseras. Cuando entraron a presencia del rei, este dio algunos pasos acia Cortés, lo tomó por la mano, y mirando a todos los demas con semblante agradable, les hizo tomar asiento. La conversacion fue larga, y sobre diversos asuntos. El rei hizo muchas preguntas, tanto sobre el gobierno politico, como sobre las producciones naturales de España, y Cortés, despues de haberlo satisfecho en todo, se introdujo a hablar de religion. Espusole la unidad de Dios, la Encarnacion del Verbo, la creacion del mundo, la severidad del juicio de Dios, la gloria con que premia a los justos, y las penas eternas a que condena a los pecadores. Despues racionó sobre los ritos del Cristianismo, y particularmente sobre el incruento sacrificio de la misa, comparandolo con los inhumanos que practicaban los Megicanos, y declamando fuertemente contra la barbara crueldad de inmolar victimas humanas, y de alimentarse de su carne. Monteuczoma respondió que en cuanto a la creacion del mundo estaban de acuerdo; pues lo mismo que Cortés referia, habian oido de boca de sus antepasados; que por lo demas sus embajadores lo habian informado de la religion que los Españoles profesaban. “Yo no dudo, dijo, de la bondad del Dios que adorais: pero si él es bueno para España, nuestros dioses son tambien buenos para los Megicanos, como lo ha hecho ver la esperiencia de tantos siglos. Escusad pues el trabajo de quererme inducir a dejar su culto. En cuanto a los sacrificios, no sé por que se ha de censurar el que se sacrificen a los dioses los hombres que o por sus delitos, o por la suerte que han experimentado en la guerra, estan destinados a sufrir la muerte.” Aunque Cortés no logró persuadir a Moteuczoma la verdad de la Religion Cristiana, obtubo sin embargo, segun dicen, que no se volviese a servir a su mesa carne humana, o por que con las razones de Cortés se despertase en su animo el natural horror que debe inspirar, o porque quisiese complacer a lo menos en aquella condecendencia a los Españoles. Dio ademas en aquella ocasion nuevos testimonios de su magnificencia, regalando a Cortés, y a los cuatro capitanes algunas alajas de oro, y diez cargas de trages finos de algodón, y a cada soldado un collar de oro.

Habiendo regresado Cortés a sus cuarteles (que asi llamaremos de ahora en adelante al palacio del rei Ajayacatl, en que se alojaron

los Españoles) empezó a reflexionar sobre el peligro en que se hallaba, en el centro de una ciudad tan fuerte, y populosa, y resolvió conciliarse el afecto de los nobles, con una buena conducta, y con modales obsequiosas, y amables, y mandó a su gente que se comportasen de manera, que no pudieran quejarse de ellos los Megicanos: pero mientras parecia esmerarse en la conservacion de la paz, agitaba en su mente pensamientos temerarios, nada favorables a ella, y como para madurarlos era necesario, antes de todo, informarse por sí mismo del estado de las fortificaciones de la capital, y de las fuerzas militares del imperio, pidió permiso al rei de ver los palacios reales, el templo mayor, y la plaza del mercado. Concediolo benignamente Moteuczoma, no teniendo la menor sospecha del astuto general, ni previendo los resultados de su demasiado facil indulgencia. Vieron pues los Españoles cuanto quisieron, hallando en todas partes grandes motivos de estrañeza, y de admiracion.

Descripcion de la ciudad de Megico.

Estaba entonces la ciudad de Megico situada, como hemos dicho, en una isla pequeña del lago de Tezcucó, a quince millas a Poniente de esta capital, y a cuatro de Tlacopan, por la parte opuesta*. Se pasaba del continente a la isla por tres grandes calzadas de tierra, y piedra, construidas a proposito sobre el lago: la de Iztapalapan, a Mediodia, de siete millas de largo, la de Tlacopan, a Poniente, de cerca de dos millas, y la de Tepeyacac†, al Norte, de tres. Todas eran tan anchas, que podian ir por ellas diez hombres a caballo, de frente.

Ademas habia otra algo mas estrecha, para los dos acueductos de Chapoltepec. El circuito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de mas de nueve millas, y el numero de las casas, sesenta mil, a lo menos‡. Estaba dividida en cuatro cuarteles, y cada cuartel en

* En el mapa Geografico se representan equivocadamente mas proximas entre sí estas ciudades.

† Robertson pone en lugar del camino de Tepeyacac, el de Tezcucó, el cual, cuando describe a Megico, lo sitúa al Nordeste, y cuando habla de la distribucion el egercito Español, durante el asedio, a Levante, habiendo ya dicho que acia Levante no habia camino sobre el lago: pero lo cierto es que no hubo ni pudo haber nunca camino alguno, sobre el lago de Megico a Tezcucó, por la gran profundidad de su lecho en aquella parte, y en caso que hubiese alguno, no seria de tres millas, si no de quince, que es la distancia entre ambos puntos.

‡ Torquemada afirma, que la poblacion de la capital era de 120,000 casas: pero el conquistador anonimo, Gomara, Herrera, y otros escritores convienen en

muchos barrios, cuyos nombres Megicanos se conservan aun entre los Indios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran cuatro calles principales, correspondientes a las cuatro puertas del atrio del templo mayor. El primer cuartel, llamado *Tecpan*, y hoy S. Pablo, comprendía toda la parte de la población que estaba entre las dos calles correspondientes a las puertas Meridional y Oriental. El segundo, *Moyotla*, hoy S. Juan, la comprendida entre las calles Meridional y Occidental. El tercero, *Tlaquechiuhcan*, hoy Santa María, la comprendida entre las calles Occidental, y Septentrional. El cuarto, *Atzacualco*, hoy S. Sebastian, la comprendida entre las calles Septentrional, y Oriental. A estas cuatro partes, en que fue dividida la ciudad desde su fundación, se agregó después, como quinta parte, la ciudad de Tlatelolco, quedando, por las conquistas del rey Ajayacatl, unida a la de Tenochtitlan, y compuesta de todas ellas la capital del imperio Megicano.

Había al rededor de la ciudad muchos diques, y esclusas para contener las aguas en caso necesario, y dentro de ella tantos canales, que apenas había barrio por el cual no se pudiese transitar en barco; lo que no menos contribuía a hermosear la población, que a facilitar el transporte de los viveres, y de todos los renglones de comercio, asegurando de este modo a los ciudadanos contra las tentativas de sus enemigos. Las calles principales eran anchas, y derechas. De las otras, había algunas que no eran más que canales; muchas empedradas, y sin agua, y no pocas que tenían en medio una azequia entre dos terraplenes, que servían a la comodidad de los pasajeros, y a descargar las mercancías; o en su lugar, plantíos de árboles, y flores.

Entre los edificios, además de los muchos templos, y palacios de

el número de 60,000 casas, y no de 60,000 habitantes como dice Robertson, pues no hay autor antiguo que la estime tan pequeña. Es cierto que en la traducción Italiana del conquistador anónimo se traduce 60,000 habitantes por 60,000 vecinos, debiendo decir *fuegos*, pues de otro modo se diría que Cholula, Joquimilco, Iztapalapan, y otras ciudades eran más populosas que Megico. Pero en el referido número no se comprendían los arrabales. Nos consta por el testimonio de Herrera, y de Bernal Díaz del Castillo que hacia Poniente continuaban las casas, por una y otra parte del camino de Tlacopan, hasta tierra firme, lo que forma un espacio de dos millas. Los otros arrabales eran Aztacalco, Acatlan, Malcuitlapilco, Atenco, Iztacalco, Zancopinca, Huitznahuac, Jocotitlan, Coltonco, y otros. Probablemente Torquemada incluyó en su cálculo los arrabales, pero aun de este modo me parece excesivo el número de 120,000 casas.

que se ha hablado, había otros palacios, o casas grandes, construidas por los señores feudatarios para su habitación, en el tiempo en que se les obligaba a residir en la corte. Sobre todas las casas, excepto sobre las de los pobres, había azoteas con sus parapetos, y en algunas, almenas, y torres, aunque más pequeñas que las de los templos; así que los templos, las calles, y las casas eran otros tantos medios de defensa para los habitantes.

Además de la grande, y famosa plaza de Tlatelolco, donde se hacía el mercado principal, había otras menores, distribuidas por toda la ciudad donde se vendían las provisiones de boca más comunes. En otros puntos había fuentes, y estanques, especialmente en las cercanías de los templos, y muchos jardines, plantados los unos al nivel de la tierra, y otros en altos terrados. Los muchos y bellos edificios primorosamente blanqueados, y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidos por los cuarteles de la ciudad, los canales, los vergeles, y los jardines, formaban tan hermoso conjunto, que los Españoles no se cansaban de admirarlo, especialmente cuando lo contemplaban desde el atrio superior del templo mayor, el cual no solo dominaba la población de la corte, si no los lagos, y las bellas, y grandes ciudades de sus bordes. No menos maravillados quedaron al ver los palacios reales, y la variedad infinita de plantas, y animales que en ellos se criaban: más nada los dejó tan atónitos como la gran plaza del mercado. No hubo Español que no la celebrase con singulares encomios, y algunos de ellos, que habían viajado por casi toda la Europa, aseguraron, como dice Bernal Díaz, no haber visto jamás en ninguna plaza del mundo ni tan gran número de traficantes, ni tanta variedad de mercancías, ni tanta regularidad y orden en el conjunto.

Desahogos del celo de Cortés por la Religión.

Cuando los Españoles subieron al templo mayor, encontraron allí al rey, que se les había anticipado, para evitar con su presencia que cometiesen algún atentado contra sus ídolos. Después de haber observado desde aquella altura la ciudad, que el mismo rey le indicaba, Cortés le pidió permiso de ver los santuarios, y él lo concedió, habiendo antes consultado a los sacerdotes. Entraron en ellos los Españoles, y contemplaron, no sin compasión ni horror, la ceguedad de aquellos pueblos, y el horrendo estrago que en ellos hacía la crueldad de sus sacrificios. Cortés, volviéndose entonces a Moteuczoma, le dijo: "Me maravillo, Señor, que un monarca tan sabio

como vos, adore como dioses esas figuras abominables del demonio.” “ Si yo hubiese sabido, respondió, que debiais hablar con tanto desprecio de nuestros numenes, no hubiera cedido jamás a vuestras instancias.” Cortés, viendolo tan enojado, se escusó como pudo, y se despidió para retirarse a sus cuarteles. “ Id en buen hora, respondió el monarca, que yo me quedo aquí para aplacar a los dioses, irritados con vuestras blasfemias.”

Apesar de este disgusto obtuvo Cortés del rei no solo el permiso de construir dentro del recinto de sus cuarteles una capilla en honor del verdadero Dios, si no tambien los materiales y operarios para la fabrica, en la cual se celebró el santo sacrificio de la Misa, mientras duró la provision de vino, y diariamente concurrían a ella los soldados, a encomendarse a Dios. Plantó ademas en el patio principal una cruz, a fin de que los Megicanos viesen la suma veneracion en que los Españoles tenían aquel santo instrumento de la redencion del linage humano. Quiso despues consagrar al culto del verdadero Dios el templo mismo de Huitzilopochtli, pero lo detubo el miedo del rei, y de los sacerdotes, aunque lo consiguio mas tarde, habiendo aumentado su autoridad de resultas de la prision del rei, y de otras acciones no menos temerarias, que referire mui en breve. Despedazó los idolos que allí se veneraban, hizo limpiar el santuario, colocó en él un Crucifijo, y una imagen de la Madre de Dios*, y arrodillado delante de aquellos simulacros, dio gracias al Altísimo por haberle concedido la gracia de adorarlo en aquel lugar, que por tanto tiempo habia sido consagrado a la mas abominable, y cruel idolatria. Este mismo celo lo indujo a repetir muchas veces a Moteuczoma sus razonamientos sobre las santas verdades de nuestra fe, y aunque aquel monarca no estaba dispuesto a abrazarlas, sin embargo movido por sus argumentos mandó que no se sacrificasen mas victimas humanas, y aunque no complaciese al general Español en renunciar a su creencia, siguió tratandolo con cariño, y no pasaba dia en que no hiciese nuevas finezas, y regalos a los Españoles. La orden que dio a los sacerdotes

* La imagen de la Virgen que colocó Cortés en aquel santuario, se cree ser la misma que en la actualidad se venera con el titulo de los *Remedios*, o del *Socorro*, en un magnífico templo, a ocho millas de la capital acia Poniente. Se dice que la llevó consigo a Megico un soldado de Cortés llamado Villafuerte, y que el día despues de la terrible noche en que fueron derrotados los Españoles, la escondió en el sitio en que se encontró algunos años despues, que es el mismo en que hoy se venera.

acerca de los sacrificios no fue observada con rigurosa puntualidad, y la gran armonia que reinaba entre Cortés y Moteuczoma fue turbada por el inaudito atentado que voi a referir.

Prision de Moteuczoma.

No habian pasado mas de seis dias despues de la entrada de los Españoles en Megico, cuando viendose Cortés aislado en medio de un pueblo inmenso, y conociendo el peligro en que se hallaban su vida, y la de los suyos, si mudaba de sentimientos el rei, como podia suceder, llegó a persuadirse que no podia adoptar otro medio para su seguridad, que el de apoderarse de la persona de aquel soberano; pero siendo esta una medida tan opuesta a la razon, como al respeto, y al agradecimiento que le debia, buscó pretextos para aquietar su conciencia, y poner a cubierto su honor*, y no halló otro que pudiera convenirle si no la revolucion de Vera Cruz, cuya noticia, que recibió en Cholula, habia tenido hasta entonces reservada en su pecho. Pero queriendo en fin sacar partido de ella, la comunicó a sus capitanes, para que seriamente pensasen en los medios que podrian libertarlos de tantos peligros; y para justificar la temeridad que pensaba, y obligar a los Españoles a prestarse a ella, mandó llamar a muchas personas principales de los aliados (cuyo testimonio debia ser sospechoso, a causa de

* Que el intento de Cortés era apoderarse de cualquier modo de la persona de Moteuczoma, y que la revolucion de Vera Cruz no era mas que un pretexto para cubrir su designio, se infiere claramente de su carta a Carlos V, de 30 de Octubre de 1520. “ Pasados, invictissimo Principe, seis dias despues que en la gran ciudad de Temistitan entré (debía decir *Tenochtitlan*) y habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas, segun lo que hai que ver, y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra habia visto, que convenia al Real servicio, y a nuestra seguridad, que aquel señor (Motezuma) estuviera en mi poder, y no en toda su libertad: por que no mudasse el proposito que mostraba en servir a V. Alteza, mayormente que los Españoles somos algo inoportunos, e importunos, e porque enojandose nos podia hacer mucho daño, y tanto que no hubiesse memoria de nosotros, segun su gran poder; e tambien porque teniendole conmigo, todas las otras tierras que a él eran subditas, vendrian mas aína al conocimiento, y servicio de V. M. como despues sucedió.” Todavía descubre con mayor claridad su intento en otro pasage de la misma carta, citando otra que habia escrito al mismo Carlos V desde Vera Cruz. “ Certifiqué a V. A. que lo habria (a Motezuma) o preso, o muerto, o subdito a la corona real de V. M., y con este proposito y demanda me partí de la ciudad de Cempoal.” Ahora bien, cuando Cortés salio de Cempoala, no habian ocurrido los sucesos de Vera Cruz, ni habia recibido agravio alguno del rei, si no mas bien finezas singulares, y magnificos presentes.